

González Vera

## LADRON DE GALLINAS

**Y**A lo ve Ud., Ruperto... Estoy viejo, no me respetan... ¿es que ya no las puedo afirmar? Quien quiere entra a mi casa y se lleva las gallinas que más le gustan... con las dos de anoche son doce las desaparecidas ¡si es para morirse!

—Debe ser alguien que no conoce sus manos...

—Eso es lo que me digo, porque ningún niño, por voltario que sea, me hace desconocidas.

—¿Ud. no sabe, don Patricio, que le están haciendo una correteada a los gallos? A Román, ese alto, de nariz chata, lo tomaron los pacos, lo llevaron hasta el puente Manuel Rodríguez, y le leyeron la cartilla: «Si quieres llegar a viejo, procura que no te veamos por este lado; ¡Tenemos orden de darle el bajo a todos los roncós!»

### II

En ese tono se dialogaba en el despacho de don Patricio Maturana. Su puerta abríase ante el Callejón de las Hornillas, cerca del puente. Estaba instalado en una pieza anchísima, enladrillada, muy alta de techo. Contra la pared del fondo se apoyaba la estantería. En sus divisiones rectangulares había tarros de conservas, botellas de licor, artefactos de vidrio, telarañas, y humedad. Más afuera corría de un lado a otro, el mostrador enlatado, fresco, plúmbeo, con mo-

nedas falsas clavadas en su cubierta. Alzábase en el extremo izquierdo una alacena enrejillada. Dentro formaban pirámide los quesos de Tilttil y, desde un azafate de loza, excitaban la gula los bermejotes arrollados. Centrada en el mostrador la balanza dormía.

Más adelante, ubicadas en ambos rincones, dos mesas de lingüete, redondas, con sus bancos respectivos, le dan al despacho ambiente de taberna. Arriba en los muros laterales, sendas lámparas a carburo alumbran con sus lengüecillas de palpitante luz. Y en lugar visible vela las libaciones Balmaceda, que se muestra con la banda terciada de hombro a cadera. La noble faz empieza en la cabellera huidiza, baja con la grávida y pálida frente. Las cejas enmarañadas dan firmeza al rostro, pero luego la mirada bondadosa y pensante lo aligera. Sigue la nariz de buen dibujo hasta el castaño bigote que oculta la boca. El mentón es firme, irrompible, pleno de voluntad.

El bebedor suele fijarse en el retrato para repetir invariablemente:

—Ese sí que era hombre. Si lo tuviéramos de Presidente otro gallo nos cantaría.

Los parroquianos de don Patricio no son sacerdotes, ni burgueses, ni jóvenes anhelosas de convertirse en monjas... son de muy distinta laya. Unos han estado en la cárcel, y los demás, guapetones, cuchilleros y lachos más o menos ociosos, a fuerza de robar y apuñalear, tienen sobrados motivos para estarlo.

### III

Durante el mes le habían sustraído doce gallinas; pero no vayan a creer que de una sola jornada. No. Por lo menos el ratero vino a la casa cinco veces. Entraba y salía como fantasma. No quedaba ningún indicio suyo, y ¡no deja de ser asombroso! las gallinas se le entregaban sin el más leve cacareo.

Confrontando estos hechos el viejo Patricio se exaltaba hasta la desesperación. De sus labios escapaban salvajes herejías y las más negras amenazas. La vehemencia de su pulso hacía andar por el negocio con los brazos cruzados tras la espalda, mordisqueándose el bigote y con los pies tensos.

Era Patricio Maturana un hombre ya maduro, muy católico, bajo, de ancho pecho, mentón saliente y mirada durísima. Sus ojos hundidos hacíanle el mirar más centelleante.

La gente decía: «dónde éste mira no vuelve a salir pasto» o «ya llegó Sharky».

Un hombre cualquiera habría terminado por olvidar el episodio de las gallinas. Es tan normal que las roben y es tan difícil luchar contra la singularidad del ladrón; pero el viejo Patricio, aparte de no ser hombre corriente, tenía razones personales para no tolerar ningún latrocinio. A él nadie podía pasárselo a llevar.

Y he aquí por qué. Durante veinticinco años estuvo en la policía de una provincia rica en campos de engorda. Allí era al abigeato mal de muy profundas raíces. En el primer tiempo detenía a los cuatreros y los entregaba a la justicia, pero no mermaban los hurtos y los hacendados clamaban, juraban y hasta amenazaban con dejar los campos a lo que viniera.

Junto con ser ascendido a sargento recibió Patricio cierta orden verbal. Desde entonces comenzaron los nuevos cuatreros a fugársele al menor descuido. No había manera de llegar con alguno hasta el portalón de la cárcel. El viejo sargento disparaba su infalible carabina e inútil empresa resultaba que el fugitivo hubiese traspuesto un muro o corriese curveando, la bala lo alcanzaba.

Al mismo tiempo que entraba en la madurez, los agricultores perdieron el poder político. Los nuevos gobernantes, empapados con la jarana del gobierno del

pueblo y para el pueblo, quisieron acabar con ese sistema de ajusticiamiento instantáneo.

Y ocurrió una nueva fuga y el viejo Maturana volvió a tener la suerte de meterle un tiro en plena cabeza. No hubo más remedio que enterrar al difunto; pero los de la capital dudaron de su excelente puntería, hubo mucho papeleo y se aseguró que no existió tal fuga, que el individuo marchaba, paso a paso, delante del viejo Maturana y que éste le había disparado en frío para matarlo y no para hacerlo detenerse. Con tanta habladuría y papeleo no se podía llegar a ningún fin bueno. El viejo Maturana quedó fuera del Cuerpo, echado, inutilizado y sin saber a dónde ir.

Se decidió por Santiago. Estaba decepcionado y amargado sin remedio. Había gastado su vida porque hubiese seguridad en los campos y después de veinticinco años, por la muerte de un sinvergüenza, de un mañablo que no movía la mano sino para daño de alguien, se le exoneraba con olvido absoluto de todos sus servicios. ¡Pago de Chile! ¡No, no era justo proceder así!

#### IV

Después de ir de un lado a otro abrió su negocio en plena calle Hornillas, calle que, además de su roja fama, tenía aspecto terroso y rural. Transitábanla arrieros, carreteros y huasos montados.

Allí iba pasando con su gorda mujer y su hijo único, un muchachón corpulento, formal, limpio de toda inteligencia y más silencioso que una pared.

#### V

Y porque nunca habíanlo echado al saco, su indignación era más grande. Robarle a él...

A la izquierda de su negocio había un convento de

barbadísimos hermanos que entretenían sus ocios en cultivar el jardín. A la derecha quedaba un conventillo, pero conocía a todos sus moradores. Eran individuos trabajadores que le dejaban buenos pesos en su mostrador.

El convento, aislado por altísimos y profundos muros, parecía desierto. Todo el día, en su órbita, gravitaba el silencio, ese tan apacible silencio clerical. Sólo en la mañana, y en la tarde, una ligera campana dibujaba sobre el tiempo yerto su vieja melodía. En cambio, el conventillo estaba hecho con barro sutil. Sus paredes eran casi transparentes. Y sus arrendatarios vivían las horas al son de

### La viiida, la vidaaá

Todo era griterío, ropas rotas, voces ásperas, correr de chiquillos, agitación.

## VI

Dieron las cinco de la tarde. Ningún cliente había en el negocio y el viejo Rigoberto como poseído, iba y venía tras el mostrador, pensando, contrariado, en su mala suerte que le impedía descubrir al miserable ladrón. Peor sería para éste porque al fin tendría que habárselas con él. Y él, como que se llamaba Patricio Maturana, y no de otra manera, sabría castigarlo para que nunca más volviera a ponérsele en el camino. Debía el ratero sinvergüenza sufrir una mano bien salada. Ya había convenido con su hijo el castigo que le aplicarían tan pronto como cayera en su poder. ¡Era gracioso robarle a él!

Cavilaba, mordisqueándose más y más su bigotazo, sobre el misterioso sujeto que le hurtaba sus gallinas. Repasaba bajo su frente, las fachas y maneras de cuan-

tos estaban acientados en su despacho. ¡No podía ser ninguno de ellos!

Decidió ir al conventillo a sondear el ambiente:

Gritó:

—¡Aurelia!!

Apareció una mujer sonrosada, muy gorda, de faz sin expresión ni voluntad. Miró temerosa a su encolezado Patricio.

—Quédate aquí porque voy al conventillo.—Y salió.

Aurelia apoyó sus codos en el mostrador y así estuvo. Pasaban frente a la puerta lentas carretas. Y los boyeros, con los pantalones arremangados, las pantorrillas cobrizas, los pies enhojotados y las picanas suspensas entre sus hombros y los yugos, las precedían.

La serpentina de la calle mostróle luego una manada de corderos temerosos, perros pastores y arrieros montados en viejas cabalgaduras, ocultos bajo las mantas de castilla. Y después un viejo y polvoriento faetón devorando la vera y ahito de huasos ensimismados.

Pero el movimiento no lograba borrarle su preocupación. Su marido la inquietaba. Cierto era que a menudo sobreveníanle ataques de ira, durante los cuales resultaba peligroso. Sin embargo, nunca estuvo tan en tensión como ahora. Daba miedo.

Entró Estefanía, mujer de la vecindad y amante de un viejo guardián, muy erguida, muy generosa de pechos y con una cara dulce y pegajosa.

—¿Cómo está misiá Aurelita? Y su esposo... ¿siempre de mal genio?

—Desgraciadamente está peor que nunca. Los robos de gallinas lo tienen malo de la cabeza. Y como no se sabe quién es... usted se figurará cómo puede estar. Lo peor es que no se detiene en pelos más o pelos menos. ¡No sé que va a ocurrir! ¿Se le ofrecía algo? ¡Diga nomás!

—Vengo misiá Aurelita, conociendo su bondad...

Siempre me digo, qué señora tan buena! Vengo a pedirle un favor... Como mi Juan no se ha pagado, y a las criaturas no se las puede hacer esperar, quisiera llevar algunas cosas... Usted sabe que soy buena pagadora...

—¡Vaya! Si no tiene más que pedir...

Y fué empaquetándole las menestras sin dejar de conversar sobre las incidencias del contorno.

Estefanía se fué.

## VII

Maturana entró al conventillo vecino calmosamente, con la cabeza pegada al pecho y las manos hundidas en los rectos bolsillos de su pantalón. Su mirada era febriciente.

Algunas mujeres lavaban, otras cosían o cocinaban frente a sus cuartos. Tres o cuatro hombrones ociosos fumaban en grupo.

Una hembra torneadísima, envejecida ya, salió a recibirlo desde el fondo del patio. Se aproximó con aire zalamero. En su delantal de rayas grises venía enjugándose las trabajadoras manos.

—¿Qué viento lo trae por aquí, don Patricio? ¿Por qué viene con esa cara tan de pocos amigos? La mujer sonreía, melosa, tratando de inquirir una respuesta.

—¡Ah!... ña Tomasa. Quiero hacerles saber a los niños de aquí que las gallinas de mi casa son mías, mías solamente y no del Fisco (1). Tengo una buena carabina y soy ligero de sueño. Si pillo a cualquier maldito le meteré un tiro entre ceja y ceja, lo digo como que soy Patricio Maturana. A mí nadie me pasa a llevar, porque, a Dios gracias, todavía las afirmo un poco...

---

(1) El pueblo considera que los bienes fiscales puede apropiárselos quien quiera. Acaso porque los políticos indefectiblemente mueren ricos.

—Pero... ¿cómo puede pensar que sean de aquí los ladrones cuando no hay sino gente trabajadora y buena? ¡Yo no aguanto a ningún mañoso, ni me gusta ser palabreada por nadie!

—Así será, señora, pero, ¿dónde están mis doce gallinas? No puedo, ni nadie lo podría, suponer, que los robos los realicen desde el convento. ¡Eso sería el acabóse!

—Haga usted lo que se le antoje... No seré yo quien reciba los disparos.

Y la mayordoma, enojadísima, le volvió la espalda.

El viejo Maturana más aliviado, tornó a su almacén. Parecía más tranquilo, Aurelia se retiró sin cambiar palabras. Maturana tomó la carabina, que manejaba bajo el mostrador, y con parsimonia fué limpiándola pieza por pieza.

## VIII

Cerraba el negocio a las once cuando no había algún bebedor. A esa hora desde que comenzaron a mermar las gallinas, se iba a dormir.

Su hijo, sentado en una silla, y con la carabina entrambas piernas, hacía guardia hasta las cinco de la mañana. En ese instante se levantaba don Patricio, y luego cantaban las diucas y los gallos lejanos, mugían las vacas del próximo establo, rodaban los carros que llevaban verduras a la vega y el alba se enseñoreaba del cielo.

La guardia nocturna, carecía de amenidad, porque era menester estarse quieto, mirando el alero de la muralla lindante con el conventillo y listo para echarse la carabina al pecho al menor ruido.

Transcurrido un par de horas, el sueño hacía invencible. Una quietud aplastante fatigaba la atención. Y el vástago se dormía hasta la aurora.



—¿Qué ha sucedido?—preguntaba Maturana al amanecer, cuando llegaba a relevarlo.

—No se ha movido ni una hoja—contestaba el vástago y se iba a su cuarto en donde, apresuradamente, proseguía durmiendo.

Tan reconfortante contestación no engranaba con la realidad. Si era presumible que no se movía hoja alguna, cierto también era que en medio de esa gran quietud, el gallinero seguía vaciándose. Don Patricio iba perdiendo la confianza en su mozalbete. A lo mejor se dormía en vez de vigilar.

A la noche siguiente despertó sobresaltado. Un ruido como de ramas violentadas acababa de producirse y por parte de su huaina no se oía ninguna reacción. Echóse un poncho en los hombros y salió... Alumbraba la luna, porque era novilunio, todo el largo patio. El ruido había cesado y, aunque examinó los rincones no logró descubrir ningún bulto sospechoso. Pero, su hijo ¿dónde estaba?

Preso de la mayor indignación viólo adosado contra la higuera. Allí dormía, sin abandonar el arma, profundamente. Acercósele y lo asió del cuello.

—¿Así cuidas la casa, pedazo de animal?—Y le agregó luego un par de mojicones.

El muchacho se estremeció, gritando al mismo tiempo:

—¡Cuidado, que disparo!

—¡A quién vas a disparar, basura! cuando no sirves para que amarren un perro de ti. ¡Toma para que despiertes bien!

Le propinó puñetazos y puntapiés y, como su huaina quiso escurrírsele apestóle algunos bravos golpes en el trasero. El vástago gimoteando se alejó hacia la casa.

Esa noche así terminó la guardia.

IX

Maturana quería con inquieta ternura a su mocetón. Podía darle un puntapié, un cachuchazo o tirarle algo a la cabeza. Mas, pasado el ímpetu, no volvía sobre el incidente. lo trataba bien, lo mejor que podía dentro de su pétreo carácter.

Si su hijo no se dejaba sentir, el viejo lo buscaba con la vista y preguntaba a su mujer:

—¿Dónde está mi huaina? Seguramente cazando moscas. En eso se te parece...

—¡Por ahí andará!—respondía su gorda y tímida mujer—Considera que es ya un joven y no puede estarse en casa el día entero...

—Sí, vieja consentidora... pero, que no me pille con el genio atravesado, porque...

Aurelia miraba el suelo entonces y la zozobra asíase de ella. Con disimulo avisaba a su chiquillo y éste, hábilmente, le quitaba el cuerpo a su progenitor.

X

Patricio tomó el primer turno en la siguiente noche.

—Tú tienes que salir tan pronto como me oigas gritar—advirtióle—traes la botella parafinera, una caja de fósforos y la soga. ¡Si nó te cargaré la mano!

—¡No tenga cuidado, padre!

—Sí, no tenga cuidado... ¡A ver si lo haces!

Sentóse en un sillón de paja y palo, lió luego un cigarrillo en hoja de maíz, y fumó durante un rato.

Más allá del conventillo subía el terreno y las copas de tres álamos solitarios animaban el cielo. Soplaban un vientecillo sutil. Lejanos y vagos rumores se arrastraban desde los barrios sitios en la otra ribera del Ma-

pocho. La noche adentrábase en los corazones y una paz profunda pesaba sobre las cosas...

Apagó Maturana su fuñingue y quedóse así, en absoluto sosiego, ajeno a todo propósito de venganza.

Sin quererlo, sintióse envuelto por una oleada de recuerdos. Vióse niño allá en su pueblo, evocó el rancho situado en pleno médano, sus correrías por las playas cercanas, los viajes en mula que emprendía con su padre para ir vendiendo las lisas, los pejesapos y las truchas que pescaban en la laguna. El iba en una mulita mampata. ¡Qué distancias recorrían al paso cansino de sus jumentos!

Después de subir y dejar atrás, cinco cerros, llegaban al rancherío de los Horcones, llamado así porque todas las casas estaban apuntaladas con gruesos troncos.

Seguían otra hora, trasponían otro cerro y comenzaban a distinguir manchas y más manchas blancas. Era el pueblecito de las Viudas. Todas se dedicaban al lavado, aprovechando un puquio que sólo allí existía. El término del viaje era la ciudad. ¡Cuántas cosas había y cómo le deslumbraban!

—¡Taitita! ¡Mire que hay hartas!—decíale alborozado a su padre.

—Si, hombre, para eso es ciudad...

## XI

Pero el ruido de unos pasos que sonaron tras la muralla, puso fin a su ingenua remembranza.

Estaba sentado cabe el muro y cubríalo la sombra de la higuera. Aguardó con alegre impaciencia varios minutos. Ese alguien que permanecía más allá de la pared también debió hacerlo. Luego oyóse cierta palpación y un bulto creciente fué apareciendo en el alero. Aparecieron primero la cabeza y las manos. Y de nuevo la quietud. El hombre de esa cabeza y esas manos esperó, seguramente, cualquier movimiento, ya

para retroceder, ya para continuar. Y como su inmovilidad no causara reacción alguna, apoyóse en las manos, y sus piernas llegaron por el aire a la superficie del alero. Así se quedó todavía un momento. Después gateando avanzó hacia la higuera. Por su silente deslizamiento parecía un hombre de trapo.

El viejo Maturana veíalo avanzar, y sujetaba la respiración; pero sus manos, asidas a la carabina, temblaban. El hombrecillo, éralo a juzgar por el poco bulto que hacía en la muralla, llegó al árbol, descansó, volvió la cabeza a una y otra parte, recelando siempre. Resolvió por fin iniciar el descenso.

Maturana más lo adivinaba que lo veía, porque iba bajando por el lado opuesto al de su sitio. Los pies del individuo oscilaban pendularmente, a distancia del árbol, lo cual indicaba que para descender valíase sólo de sus manos. Y así llegó al suelo, donde estuvo agazapado algunos largos minutos. Maturana no respiraba, oyendo la respiración de su enemigo. Este, adosado al tronco de la higuera aspiraba de una manera larga y echaba al aire con lentitud.

Entre el árbol y el gallinero había una línea diagonal. El viejo Maturana estaba impaciente y no sabía qué, teniendo tan cerca al hombrecillo, le impelía asestarle el primer culatazo. Esperó. En ese mismo instante el ratero se enderezó y con pasos tensos, largos y lentos se fué acercando al gallinero. Maturana se levantó, echóse al arma al pecho y le gritó ronco:

—¡Párate ahí, mañoso del diablo!

—¡Ay patrón!—exclamó el hombrecillo, sorprendido, mirando hacia todas partes, sin saber de dónde había salido la orden.

Cuando vió la gruesa figura de Maturana y el cañón apuntado contra su pecho, le vino un tiritón tremendo.

—No me mate, patroncito lindo, me vienen persiguiendo, me voy altirito... déjeme ir... No hay tra-

bajo... Soy tan pobre y... patrón, compadézcase de mí, ¿qué le hago? Usted tiene de un todo...

—¡Juan, Juan, Juan, Juan, Juan!—gritó la gruesa voz del viejo Maturana.

Y ésta vez, como tirado con honda apareció el momento su hijo. Traía una lámpara a carburo. Miró y comprendió...

—¡Trae lo demás!

Lo demás... El ratero se echó al suelo, se hincó, imploró. Era un hombre delgaducho, pequeño, con ojos inquietos y grandes orejas desmesuradas, boca anchísima. Su actitud miserable, perruna, dolorida en grado máximo, era como para ablandar a una piedra.

—¡Señor, dígame... hágalo por Diosito!... ¿qué va a hacer conmigo? Tengo familia...—y lloraba como un niño pequeño.

—Dí, boñiga... ¿dónde están mis gallinas? ¡Y esa caña...! Ah! badulaque, en ella las llevabas ¡Ya verás!

—La caña—dice el ratero, sin dejar de llorar y mirando azorado, como un animalucho que pretende salvarse—sí, la caña. Uno es pobre; ¿me va a mandar preso? ¡Deje que me vaya... ¡Mi patroncito lindo!

Juan reaparece y deja varias cosas sobre la mesa del patio en que también está la luz.

—¡A ver! ¡Amárrale las manos por delante! ¡sin miedo! ¡Dale otra vuelta más! Y tú... si no quieres que te dé al bajo aquí mismo... ¡quédate quieto!

El hombrecillo está de pie, pero hacia arriba tiembla como un arbusto.

Juan, con cierta vacilación, echa un chorro de parafina en las manos del ratero. Este está despavorido y grita y chilla como un animal, como cualquier animal.

—¡Ahora abre el portón!

Y como el ratero ya quiere largarse, le golpea las costillas con el cañón.

El muchachote vuelve apresurado, vacilante, enton-

tecido, con paso de sonámbulo. Toma la lámpara y avanza hacia el grupo.

Mientras tanto un bullicio creciente estalla junto a la pared que divide la casa del conventillo. Gritan desde allí:

—¿Qué pasa, qué hay, vecino, vecino, vecino!!!

—¡Apúrate animal—grita de nuevo el pétreo Matu-rana.

Entonces Juan aproxima la lámpara a las manos amarradas del hombrecillo y una gran llamarada las incendia. El hombre en llamas corre hacia el portón, veloz, clamando:

—¡Auxilio, auxilio, socorro!

Pero a esa hora impera en el desierto callejón un profundo silencio.

Santiago, 23 de noviembre de 1933.